

Frete libertario

Madrid, 20 enero de 1939

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro, Serrano, 111

NUMERO 685

Estamos luchando contra los invasores; pero también contra los que se sublevaron en julio de 1936

Vaya por delante nuestra afirmación de que nadie con mayor acierto que el Dr. Negrín ha señalado como enemigos del pueblo a todos los que desfallecen en los momentos difíciles, a todos los que vacilan cuando el peligro aprieta, a todos los que están dispuestos a hacer dejación de alguno de sus principios fundamentales cuando se cierne la gravedad cierta en el ambiente de lucha que estamos atravesando. Puede encontrarse quien haya señalado a todos esos derrotistas, a todos esos enemigos del pueblo, de una manera tan certera como el Dr. Negrín; pero no más. Basta repasar cualquiera de sus varios discursos, de aquellos discursos en que tan claramente se ha marcado el camino del deber a todos los antifascistas, para coincidir plenamente con esta afirmación. No tratamos de cantar alabanzas, a las que no somos propicios en ninguna ocasión; tratamos únicamente de buscar en la palabra autorizada del presidente del Gobierno de guerra y de unión nacional, el argumento en que apoyar todos los demás que hoy vamos a esgrimir contra los medrosos, contra los vacilantes, contra todos los hombres de conciencias turbias que ante el peligro, por miedo o por conveniencia, se avienen a hacer concesiones

Hoy no vale engañarse;

las circunstancias son graves, los momentos son de trascendencia

del noviembre madrileño. Pues bien; las conductas, incluso el pensamiento de todos los españoles, deben ajustarse a las conductas y a los pensamientos de aquellas jornadas que acabamos de evocar. Como entonces hay que hablar el lenguaje acerado del pueblo en armas que ve en peligro su libertad y su futuro; como entonces hay que lanzarse abiertamente contra todos los enemigos, extranjeros o nacionales, que arremeten contra nuestros anhelos; como entonces hay que prescindir de los distinguos, de las consideraciones, y trazar la raya clara, rotunda, que señale de una vez para siempre los dos campos: de aquí para allá, enemigos; para acá, amigos. Nada de confusionismos, nada de condiciones, nada de "pe-

ros" ni de medias tintas. A cada cual por su nombre y a cada cual según sus obras. Y todo lo que no sea esto es exponernos a graves consecuencias, cuya trascendencia para el futuro difícilmente puede calcularse en los momentos que estamos atravesando.

Apoyándonos en las palabras del Dr. Negrín, y, sobre todo, en nuestras propias convicciones antifascistas, hemos de declarar una vez más que en nuestra lucha no son admisibles transigencias de ninguna clase.



No; no es eso. Aquí luchamos en guerra de independencia, pero luchamos también en guerra de clases. Luchamos contra los extranjeros, pero luchamos también contra los que se sublevaron en julio de 1936 contra el proletariado español que forjaba lentamente su paz y su libertad; luchamos contra los fascistas italianos y alemanes que invaden nuestra patria, pero luchamos también contra los fascistas españoles que han hecho posibles las circunstancias que estamos viviendo. El fascismo italoalemán nos invade; pero es porque anteriormente el fascismo español comenzó por abrirle nuestros puertos y nuestras ciudades. Contra aquéllos y contra éstos combatimos, con igual tesón, con la misma energía, con idéntica voluntad de triunfo. Contra unos y contra otros luchamos porque unos y otros representan idéntico peligro para la libertad de nuestros trabajadores, para la independencia de nuestro país, para la seguridad de nuestro pan y para la vida clara de todos los hijos de la España antifascista. Ni con unos ni con otros podemos admitir otra relación que la que se origina en los campos de batalla; ni con unos ni con otros podemos tener otro contacto que el necesario para combatir hasta lograr la victoria definitiva del pueblo. Ni con unos ni con otros, sean italianos, alemanes o españoles, podemos estrechar nuestras manos. Y esto por la sencilla razón de que hemos sido, continuamos siendo y seremos siempre antifascistas. Eso: antifascistas. Lo que equivale a decir que seremos enemigos de todos los fascistas. Aunque éstos hayan nacido en España.

Las muy cegatas han terminado por ver claro. Lo que equivale a decir que han comenzado a ver las orejas al lobo o a la loba fascista que acerca sus ensangrentados hocicos a los imperios franceses y alemanes de una manera excesiva. Han visto las orejas al lobo, cuando se han convencido de que el fascismo no consideraba a España como meta, sino como sendero para más amplias empresas. Han visto las orejas al lobo cuando ha surgido el primer ataque, aunque no sea más que ataque verbal y declamatorio, a tierras que constituyen parte directamente integrante del imperio francés. Y en esas condiciones Francia no puede continuar indiferente. No vamos a decir que Francia haya visto con simpatía la invasión de España por los totalitarios; pero tampoco se ha preocupado excesivamente por nuestra suerte. Y hubiera continuado viviendo en la misma despreocupación si un buen día Mussolini no se hubiera levantado con humor de César y hubiera dado a sus secuaces la orden de comenzar a pedir Túnez y Córcega. Esto ha sacudido directamente a Francia. Francia ha visto las orejas al lobo, y ha reaccionado arrastrando en su inquietud a la metódica Inglaterra.

El panorama político de esos dos países ha experimentado en los últimos días, por lo que a España respecta, un considerable cambio. Ya no son una novedad las frases en que hombres conocidos en el mundo político abogan en favor de un cese en las suicidas transigencias que hasta ahora se ha tenido con los dictadores fascistas; ya piénsase en defender los intereses de la España antifascista, no porque sean antifascistas o españoles,

sino sencillamente porque después de atropellados los intereses de la España antifascista, serían atropellados también inexorablemente los intereses de Francia y de Inglaterra. Ya Bonnet, el mesurado ministro de Negocios Extranjeros de la vecina República ha terminado de comprender que Francia no puede permitir que el ejército italiano siga luchando en España. Ya en Inglaterra se dice por muchos, por Eden incluso, que Francia e Inglaterra están interesadas en la independencia e integridad territorial de la nación española. Y hasta Blum,

se ha mostrado partidario de la denuncia del acuerdo de "no intervención".

Todos estos datos son, por demás, significativos, pues demuestran que Inglaterra y Francia han comenzado a ver el peligro que se cierne sobre sus vastos imperios y se aprestan a tomar en consideración la calidad de España como baluarte de sus posiciones respectivas y de sus intereses nacionales. No será la suya una posición altruista, de oposición a la injusticia por la injusticia misma, pero puede sernos útil y no hemos de meditar demasiado largamente sobre cuáles hayan sido los motivos que hayan inducido a Francia y a Inglaterra a este cambio de actitud que comentamos.

LA GUERRA EN ESPAÑA

Inglaterra y Francia empiezan a ver claro

Desde hace unas semanas puede observarse un cierto cambio en la posición adoptada por Francia e Inglaterra en relación con la guerra española y con la cada vez más descarada intervención que en ella tienen Hitler y Mussolini, sobre todo Mussolini. El lenguaje de apartamiento, de indiferencia casi ante nuestros problemas que hasta hace poco se ha empleado en la republicana Francia y en la imperial Inglaterra, ha comenzado a ser substituido por otro lenguaje, que no será abiertamente favorable a los deseos del proletariado español, pero que es ya,

desde luego, cuando menos, preocupado. Inglaterra y Francia comienzan a preocuparse seriamente por la intervención italoalemana en España. No es mucho, pero ya es algo.

¿A qué se debe semejante cambio de actitud, cuando las actitudes de Francia y de Inglaterra parecían definitivamente anquilosadas en su

"no intervencionista"? Pues sencillamente a que han sido tales las manifestaciones y las conductas que en las últimas semanas han realizado los sátrapas de Roma y de Berlín, que Francia e Inglaterra, aunque por vie-

QUIEN NO SE DA POR VENCIDO ESTA VENCiendo

Otro hombre con sangre y arrestos de león ibero —un García cualquiera— contendió en Santa Coloma de Queralt con trece tanques y los venció. Despanzuró a tres y más hubiera destrozado con sus certeras bombas de mano si los restantes, cobardes y mohinos, no hubieran temido a un hombre solo. Esto nos hace afirmar otra vez que la victoria es de los valientes, no de los que esconden su cobardía entre montones de material. Y evocamos sucesos pasados... Primero la caballería mora. Las cargas de los moros a caballo eran algo aterrador y las hacía más téticas el horrisono griterío de los árabes saliendo de las nubes de polvo que levantaban potros encabritados... Hasta que un día, nuestras milicias —eran por entonces milicias— se hincaron en la tierra, cerraron sus oídos a los gritos de aquella jauría enloquecida, se sumieron en el polvo y con pulso firme pusieron en el pecho y la panza de los caballos el plomo que los hacía rodar con unos jinetes que venían a hincarse de rodillas o a caer de bruces a los pies de unos combatientes que supieron aguardar. E fueron luego los aviones negros. Corrían despavoridos nuestros soldados, sintiéndose impotentes para luchar contra tales elementos devastadores que sembraban desolación y muerte. Hasta que ellos mismos comprendieron que era más cuerdo y mucho más seguro parapetarse a tiempo en el propio terreno, confundirse con él y dejar que las bombas levantaran pirámides de tierra que rara vez servía para dar sepultura a un héroe. Otro mito que no pudo vencer al león ibérico. Vinieron más tarde los tanques. Avanzaban vomitando metralla y salvando todas las dificultades y accidentes. Los soldados del pueblo no comprendían cómo podía detenerse la marcha mastodóntica de aquellos monstruos del crimen. Y fué en noviembre, en plena epopeya de la defensa de Madrid por el pueblo a solas, cuando un hombre —un Coll cualquiera— aguardó a los tanques impávido y así que los tuvo al alcance de sus bombas certeras, les metió en la tripa, en forma de metales enrojecidos, la justicia histórica. Y se hundió, también, para siempre, el mito de los tanques.

Hasta que nuestros soldados dejaron de creer en mitos enemigos. Su arrojo y serenidad los había vencido. Y empezó a crecer, sembrado en tierra de valientes, el mito de nuestra moral invencible. Esa moral que hizo el prodigio de resistir a ejércitos invasores que empleaban y emplean cantidades fabulosas de material, mientras nosotros comenzamos con escopetas y pistolas, tuvimos después que armar a muchos soldados en pleno combate, cuando caían para siempre los que llevaban un fusil, y aun hoy, casi a los tres años, con una industria de guerra que ha creado el genio de nuestros productores, peleamos con una desigualdad enorme de elementos. Que se asombren los extranjeros. Que Franco diga que nuestra resistencia es el primer hecho que registra la Historia. Los

trabajadores, el pueblo entregado al combate, ha vencido en las etapas ásperas. Venció a los mitos de la destrucción y tras de proclamar que no hay fuerza humana que pueda triunfar sobre quien nunca se dará por vencido, prosigue con su moral de acero, con esa moral que si no le abandonó en las jornadas más desiguales, no ha de perder cuando va a contar tres años de heroísmo, de sacrificio y de grandeza.

Ayer, Coll. Hoy, García. Mañana, otro héroe. Y así hasta la victoria. Ya no hay mitos. Ya no hay sierras, ni ríos, ni reductos inexpugnables. No importan los aviones, los tanques, los cañones. Si tenemos moral de vencedores, venceremos. Y aquí hay un pueblo que quiere triunfar. Que triunfó en Madrid, como triunfará en Cataluña y como triunfará en toda España. El Ejército popular es un vivero de héroes como Coll o como García. Y el destino no puede reservar a los héroes que luchan por las libertades de la Humanidad una página desgarrada por la sinrazón y la injusticia.



MOJIGANGA. — Estupidez representable por militantes de lo grotesco. MOJIGATERIA. — Cortina de la hipocresía. MOLDE. — Utero de la fundición. MOLDEAR. — Lo que se dejan hacer todos aquellos que carecen de ideas propias. MOLER. — Pulimento de costillas proletarias. MOLESTAR. — Zumbido del abejorro de la inconveniencia. MOLESTARSE. — Indigestión de la susceptibilidad. MOLESTIA. — Piedrecita en el camino de la comodidad.



EJERCITO DE TIERRA.—FRENTE DE CATALUÑA. Los invasores y fuerzas españolas a su servicio, apoyados por los tanques, la artillería y la aviación extranjera, han continuado hoy sus ataques en los sectores de Bellver, Segur, Argensola, Santa Coloma de Queralt y Rodona, consiguiendo avanzar sus líneas en algunos de ellos a pesar de la tenaz resistencia de nuestros soldados que les causan enorme quebranto.

Por fuego antiaéreo fué abatido un bimotor Heinkel 111. La aviación republicana actuó con gran eficacia derribando en combates entablados con número superior de aparatos enemigos, tres Meissel Smidt. Todos nuestros aparatos regresaron indemnes a sus bases.

FRENTE DE EXTREMADURA.—Nuevos contraataques de las fuerzas al servicio de la invasión en las zonas últimamente conquistadas por nuestras tropas han sido enérgicamente rechazados.

En los demás frentes, sin noticias de interés.

AVIACION.—En la jornada de hoy los aparatos de la invasión bombardearon Igualada, Manresa y Valencia, causando víctimas en la población civil.

MOLICIE. — Doctorado de la holgazanería.

MOLIDO. — Cómo se encuentran muchos de nuestros "trabajadores", después de una larga jornada en el "Maravillas".

MOLINILLO. — Es respecto al café, lo que un gobierno dictatorial respecto a un pueblo. Cuestión de trituration.

MOLLERA. — Marmita de la inteligencia.

MOMIA. — Muerte en conserva.

MOMIO. — Usufructo de algunas "momias".

MONA. — Alcohólico durmiente.

MONADA. — Lo que son algunos "jovencitos" que se ven por esas calles.

MONARCA. — Rama podrida del árbol social. Y ya sabemos lo que se hace con las ramas podridas.

MONARQUIA. — Teatro de marionetas.

MONASTERIO. — Estriche del sibirismo.

MONDONGO. — Relleno ventral que es la desesperación de algunas cuarentonas.

MONEDA. — Bah!... Bah!... Bah!...

MONEDERO. — Depósito de caprichos y necesidades.

MONERIA. — Preciosismo de la infancia, antes de llegar a la edad "del pavo".

MONIGOTE. — Juguete de voluntades ajenas.

MONIN. — Lo que se nos ocurre decir a un nene, cuando nos... ha hecho una faenita de esas que hacen los nenes. A decir verdad, se nos ocurre decirle otra cosa, pero... ¡si están los papás delante!...

MONJA. — Desertora de la Naturaleza, por egoísmo o por despecho.

MONO. — Nuevo uniforme de "proletariado". Ha venido a ser como la capa, que... "todo lo tapa".

MONOLOGO. — Demostración palmaria de que no se está muy bien de la "azotea". Además, la mayoría de los monólogos, son temores a hacerlos diálogos.

MONOPOLIO. — "Altruismo" comercial que se explota en todas las esferas sociales.

MONOSILABO. — Manómetro del malhumor.

MONOTONIA. — Zumbido de la vaciedad oratoria.

VISADO POR LA CENSURA



Aun es tiempo de que

salven a Occidente. Pero que se den mucha prisa

Decisivas son las horas que vive Europa. Dramáticos son estos instantes en que el fascismo italoalemán, enloquecido por los fáciles triunfos alcanzados a costa de Inglaterra y Francia por Italia y Alemania. Ante todos estos peligros sólo tienen un camino de defensa las potencias occidentales: rectificar su política, proclamar que ya no piensan retroceder más. Solo así, dando esta prueba de fortaleza a los mastines del fascismo podrá ponerse en condiciones defensivas la Europa occidental amenazada con ser barrida de la influencia que hasta el 18 de julio tuvo en Europa y en el Mundo. No hay tiempo que perder si no quieren franceses e ingleses pasar a ser ciudadanos de segunda clase; para evitarlo adopten una actitud enérgica, inflexible y categórica: decir un basta! rotundo al fascismo. Los momentos para ello son decisivos y los más favorables para adoptar tan salvadora actitud, puesto que los Estados Unidos están dispuestos como nunca a formar en el frente internacional contra los perturbadores de la paz de los pueblos y del sosiego de los hombres justamente alarmados ante la perspectiva que se ofrece a su mirada angustiada: o las cadenas fascistas para fecha muy próxima, o la actitud franca, decidida, de no dejarse ganar ni una pulgada más de tierra, ni un ápice más.

Momentos decisivos estos que vive el Mundo, aterrorizado por la ramalada de bestialidad que recorre esta Europa, sacudiéndola con brutalidad y saña inconcebibles. Momentos de prueba, de dura prueba, en que los gobernantes de París y Londres, si no quieren pasar a la Historia como los causantes de la decadencia de Occidente, dando la razón a Spengler, el pensador fascista que tal final predijo. Que piense Chamberlain en los frutos que dió su política y en los que fatalmente daría de seguir como hasta aquí, mostrándose inclinado ante los tragediantes de Berlín y Roma. Rectifique, pues, de por fracasada su política apaciguadora, y oiga el clamor que le llega de todos los sectores de opinión pública inglesa, alarmada ante el avance catastrófico que está haciendo el caballo sangriento del fascismo, rompiendo toda norma, rasgando toda ley y haciendo escarnio del más elemental de los derechos: el de gente, admitido hace dos mil años como una necesidad de la personalidad humana.

Los estudiantes de las universidades inglesas, los parlamentarios, los hombres y sociedades que calibran los peligros que se ciernen sobre Europa, deben ser oídos.

Sólo así, oyendo este clamor general, sólo haciéndose eco de esta llamada general a la defensa del derecho, el respeto humano, podrá hacerse olvidar todo el daño hecho a la paz de Europa.

Pero, sobre todo, es Francia quien tiene que adoptar la actitud salvadora

que ya no puede ser remolcada mientras el remolino amenaza con tragarla irremisiblemente de seguir apaciguando como hasta aquí.

S. U. de las I. del P. y A. G.—C. N. T.